

o importados desde las morenas y cenagosas riberas del Nilo. En Baalbek alzaron sus brazos y sus ojos en actitud de adoración hacia el disco solar, reyes y sacerdotes de los más diversos pueblos de la tierra: asirios y babilonios, persas y egipcios, hittitas y turcomanos, partos y fenicios, palmirianos, griegos, romanos y muchos otros. Los cultos del "toro alado", de Adonis el bello mancebo herido por el jabalí, de Ishtar la sensual devoradora de hombres, y tantos otros, fundidos en este inmenso crisol de culturas y teatro de migraciones raciales que fué lo que es hoy la Coele-Siria, nos hablan todavía, desde estas ruinas, de la gloria fastuosa y pagana de un culto solar que remonta su progenie hasta el alba prehistórica. Siguiendo la misma ruta que siguieron los faraones y los fenicios, los semitas del Rey David y los griegos de Alejandro Magno, los romanos de Aureliano, de Antonino Pío y de Septimio Severo, los palmirianos de la Reina Zenobia, los conquistadores sarracenos (recios con los Abassidas y refinados con los Omayyades), los franceses de Bonaparte y de Weygand. Llegamos hasta el pie de la ciudadela de Baalbek. Nuestra emoción no es menor que la que experimentamos en el remoto Oasis de Siwa al entrar en el santuario donde Alejandro el Macedonio consultó el oráculo de Amón ni la que nos embargó hace pocos días al descender a la tumba de Hiram en las ruinas del legendario Byblós. Nuestro espíritu se pone de rodillas no ante las ruinas materiales mismas que al fin de cuentas son polvo y lodo, según le dijo el sabio Imhotep al Faraón Zoser, hace más de 5.000 años, sino ante lo que estas ruinas representan como elocuente testimonio de la lucha del espíritu humano por elevarse, por conquistar ese conjunto de "imponderables" — hoy desgraciadamente tan negados — que se llama cultura humana. Por aquí pasó Melchor de Vogüé en ruta hacia las ruinas de Palmyra que había de inmortalizar con su pluma; junto a estas mismas piedras es fama que escribió un poema Lamartine y que sollozó convulsivamente Chateaubriand; sentado a la sombra de uno de estos árboles el viejo Renán maduró sus dudas sobre el dogma de Cristo y pergeñó algunas páginas que habrían de valerle años más tarde el anatema; por aquí pasaron Loti romántico, Farrère escéptico y sensual, Barrés, "el peregrino de Angkor", parnasiano y ecléctico. Y Saint Exupéry y Cocteau y Malreaux, y tantos otros. El sitio atrae a los escritores como el imán a la viruta de hierro. Pero debieran ser en realidad los pintores quienes vinieran aquí, así como van a Luxor, a Peking, a Angkor-Vat, sitios todos donde el sol triunfa y se expande en plena gloria y majestad. La plataforma sobre la cual se alza Baalbek queda a 1.150 metros sobre el mar y está situada prácticamente al pie de las montañas del "Anti-Líbano", totalmente rodeada por colinas y por corrientes de agua. A uno de sus lados se encuentran las canteras de "Ahar-el Hibla" de las cuales se han extraído algunos de los bloques de piedra tal vez más grandes del mundo, superiores aún a los que hemos visto y descrito en las canteras egipcias de Assuán. Tres de estos bloques forman parte del "mur d'enceinte" — llamado justamente del "tri-lyton" — del antiguo Templo de "Baal", muro que fué adaptado por los árabes del gran Sultán Saladino como fortaleza y tras del cual resistió con éxito el asedio de los más aguerridos entre los Cruzados. Aquí no había granito sino piedra calcárea y el granito rosado en que fueron talladas las gigantescas columnas del Gran Tem-

plo hubo de ser traído desde Egipto, venciendo dificultades que hoy — en la era de la técnica y de la maquinaria — no podemos ni siquiera imaginar. No es por mero azar que los antiguos adoraron aquí al dios-sol: hay, primero, la transparencia y luminosidad del aire y la potencia y belleza del sol mismo. En seguida, está el agua: en nuestro libro *China, Lao-Tszé, Confucio, Buda*, al ocuparnos del Taoísmo, hemos explicado cómo y por qué el culto mágico y panteista del Sol va siempre asociado con el culto del agua fluyente. No nos detendremos ahora sobre este tema marginal, pero digamos solamente que desde este sitio único y privilegiado nacen: hacia el norte, el Orontes de bíblica recordación y de sonora fama en las campañas de los Ramses y los Thoutmes contra Kadesh y Mitán; hacia el sur, el no menos célebre Litani; hacia el este el muy ponderado Barada que alimenta el gran Oasis de Damasco y que es una de las grandes arterias de la historia del Asia; y hacia el occidente, del otro lado de los primeros contrafuertes de la cadena del Líbano se encuentran las legendarias fuentes del río Adonis — verdes en una estación y rojas (la sangre de Adonis) en la otra — cuna de uno de los más bellos mitos jamás creados por la mente del hombre.

¿Qué cosa es Baalbek? Las excavaciones que se vienen practicando desde el año 1898 en que el juvenil Kaiser Guillermo II visitara estos sitios y autorizara fuertes inversiones del Presupuesto Imperial para iniciar las excavaciones, han sacado a luz ruinas escalonadas de muy diversas épocas, pero sobre todo griegas y romanas, particularmente romanas, injertadas de construcciones mahometanas y cristianas del tiempo de Bizancio primero y de los Cruzados después. Pero Baalbek es mucho más que eso y lo que haya debajo de estas ruinas, sólo el tiempo podrá decirlo. Porque la tradición señala a este sitio una antigüedad que va mucho más allá de los grandes imperios conocidos. Ella quiere que aquí floreciera el Paraíso Terrenal y que en una gruta cercana Caín asesinara a su hermano Abel y viniera después a refugiarse entre las piedras de estas canteras. La tradición quiere también que de aquí saliera la barca de Noé para ir a vararse en los flancos del Monte Ararat y que el joven Esaú (precursor de los Rothschilds) reazara aquí su conocida primera "transacción comercial" registrada por la historia, con Jacob. No la tradición sino la Historia ya, nos cuenta que a la muerte del Rey Salomón y cuando se desmembró el Imperio de Judah, los fenicios de Tiro y Sidón, que ya tenían aquí un templo erigido en honor del dios Baal y que habían introducido su alfabeto — que es el mismo que hoy usamos — por todo el mundo, dieron al sitio el nombre de "Baal-Boukaa" o sea "Ciudad de Baal". Asegúrase igualmente que la Reina de Saba, después de separarse del Rey de los Salmos, habría elegido en una de las colinas cercanas a este lugar, un sitio para su tumba. Digamos de paso que la tumba de la bella soberana no ha sido encontrada y que ella constituye una apetecida presa para arqueólogos y buscadores de tesoros enterrados. El dios solar que los fenicios llamaron Baal no es otro que el mismo dios que los pueblos acadianos y sumerianos llamaban Hadad. Se le representa como un joven dios sentado sobre una plataforma, en actitud que recuerda vagamente lo que hemos visto en los relieves murales kmeros de Angkor, teniendo en sus manos la fusta (como Osiris), el rayo (como Zeus) y la espiga de

ANTONIO URBANO M.  
"EL GREMIO"

TELEFONO 2157  
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes  
al por mayor

San José — Costa Rica

trigo (como Adonis) y flanqueado por dos toros alados, característicos de la mitología acadiana. Los tres elementos arquitectónicos principales que quedan en pie hoy en Baalbek son: el Gran Templo de Baal, llamado Templo de Zeus por los griegos y Templo de Júpiter Heliopolitano por los romanos; el Pequeño Templo o Templo de Baco, así llamado por los romanos; y el Templo Circular o Templo de Venus que se encuentra totalmente rodeado de corrientes de agua. Evidentemente estas tres unidades religiosas corresponden a los templos del dios-padre, la diosa-madre y el dios-hijo, la tríada perfecta que encontramos en todas las religiones antiguas. El Gran Templo de Baal era considerado, en tiempos de Augusto y de Trajano, como una de las "maravillas del mundo". El destino ha sido cruel con esta construcción: aparte de la mano del hombre, la naturaleza misma ha contribuido a destruirlo. Los sarracenos lo transformaron en fortaleza y mezquita, los Emperadores bizantinos en Basílica y finalmente los terremotos han hecho lo suyo. Sólo quedan hoy en pie seis columnas, maravillosas de porte y armonía, que inspiran la más fervorosa admiración de quienes las contemplamos, sea en el oro pálido del alba, sea en la gloria fulgurante del mediodía o bien — lo que es más bello aún — en el atardecer de oro y púrpura. Se trata de una construcción de dimensiones ciclópeas con un inmenso patio en el centro del cual se alza el Altar de los Sacrificios. El llamado Templo de Baco se encuentra mucho mejor conservado y permite conocer, en dimensiones más modestas, lo que debió ser el Gran Templo. El llamado Templo de Venus, que seguramente fué un templo de Astaroth o Astarté, se encuentra reducido a unas ruinas muy modestas, pero los trabajos de excavaciones dejan entender que fué también un gran templo en el cual se celebraban fiestas paganas de amor y adoración a la diosa lunar. Con esa simplicidad y esa terrible "ciencia a medias" que es característica de los cicerones y guías en todo el ancho mundo, nuestro guía nos explica: "Primero los fieles venían aquí al Gran Templo a ofrecer sacrificio y adorar a Júpiter; una vez cumplido este deber pasaban al Templo de Baco en donde se embriagaban y puestos ya en estado de alegría alcohólica gracias al zumo de los pámpanos dionisiacos, pasaban al Templo de Venus en donde se entregaban a las delicias del amor". Para él la cosa resulta harto simple y así lo creerán también muchísimos de los turistas (escasos hoy) que suelen llegar por estos pagos... Terrible destino este de la vulgarización del Arte y de la Historia...!

Beyrut, Julio de 1948.